

# ATRAPADO EN UN VIDEOJUEGO

LA INVASIÓN  
INVISIBLE



DESTINO

DUSTIN BRADY

# **ATRAPADO** **EN UN VIDEOJUEGO**

**LA INVASIÓN  
INVISIBLE**

**DUSTIN BRADY**

**CROSS  
BOOKS**

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: Trapped in a Video Game. The Invisible Invasion

© Dustin Brady, 2018

© de la traducción: Miguel Trujillo Fernández, 2021

Publicado originalmente en los Estados Unidos por Andrews McMeel  
Publishing, una división de Andrews McMeel Universal, Kansas City,  
Missouri.

© Editorial Planeta S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2022

ISBN: 978-84-08-25406-5

Depósito legal: B. 2.057-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702

19 70 / 93 272 04 47

## CAPÍTULO 1

# El fantasma

¿Qué hiciste anoche? ¿Dormir? Vaya, no me digas.

¿Quieres saber lo que hice yo? Estuve hablando con un tío del ejército. No es que fuera un tío del ejército de verdad tratando de reclutarme (tengo doce años, así que habría sido una conversación corta). Resulta que el tío del ejército con el que estuve hablando era un muñeco de plástico de quince centímetros de altura.

No suelo hablar con los juguetes (porque no estoy loco), pero tenía una buena excusa: él me habló primero. Verás, lo conocí cuando no era un juguete, sino un sargento de verdad en el videojuego *Máxima potencia*. Hace dos semanas, acabé atrapado dentro

de *Máxima potencia* junto a mi amigo Eric Conrad. Estuvimos volando por ahí con mochilas cohete, nos montamos en la Estatua de la Libertad como si fuera una nave espacial, y casi nos quedamos atrapados dentro del juego por culpa de un alienígena que decía nuestros nombres de la forma más malrollera posible. Es una larga historia; deberías leerla alguna vez.

El caso es que dentro de *Máxima potencia* nos encontramos con Mark Whitman, otro chico de nuestra clase que había acabado atrapado dentro del mismo videojuego. Pero Mark se quedó allí dentro para que Eric y yo pudiéramos escapar. Y ayer este tío del ejército empezó a decirme que podía volver a entrar al juego para rescatar a Mark, pero tenía que «hacerlo ahora mismo».

Y por supuesto que iba a hacerlo. Sería capaz de hacer cualquier cosa por Mark. El sargento me preguntó si estaba seguro. Y sí,

estaba seguro, ¡vamos allá! Me quedé mirando al tío del ejército, esperando... no sé, a que se golpeará los talones o abriera un portal dentro de mi armario o algo por el estilo. En lugar de eso, se me quedó mirando, completamente inmóvil, como haría cualquier juguete. Fue entonces cuando comencé a sentirme estúpido.

—Oye, te he dicho que sí. —Toqué al sargento con el dedo, pero él continuó mirándome fijamente, con su expresión vacía de juguete—. ¿Tengo que apretar un botón o algo así?

Lo cogí y le di la vuelta en mi mano, pero no vi ningún botón.

A estas alturas, tal vez estés pensando que todo eso del juguete que habla no había sido más que un sueño. Y estaría de acuerdo contigo, salvo por un detalle muy importante: en realidad, el sargento me había despertado de mi sueño. ¿Alguna vez te has des-

pertado de un sueño y estabas dentro de otro sueño? Pues claro que no. Eso no ha ocurrido nunca en la vida real, tan solo en las películas. El sargento parlante no era ningún sueño porque aquello no era ninguna película y además yo no estoy loco.

Me pasé los siguientes minutos hablándole a aquella figura y tocándola con el dedo. Después, me levanté y comprobé todos los lugares donde, tal vez, un juguete parlante podría haber escondido alguna especie de portal hacia el videojuego: la televisión, el retrete, el armario... Nada. Volví a meterme en la cama y pasé gran parte de lo que quedaba de noche convenciéndome a mí mismo de que no estaba loco y, entonces, creo que me quedé dormido.

—¡Jesse! ¡El desayuno! —Abrí los ojos de golpe. La luz del sol entraba por la ventana. Era lunes por la mañana—. ¡Jesse! —volvió a gritar mi madre desde la planta inferior.

—Mmmm —respondí. Salí de la cama y bajé la escalera con unos sonoros *plop, plop, plop*. Ocupé mi asiento frente a la mesa y esperé a que mi padre cogiera los cereales del estante superior.

—¿Cuáles quieres tomar, cariño? —le preguntó a mi madre.

—Esos crujientes de arándanos —respondió ella mientras terminaba de preparar su almuerzo.

—Yo quiero probar los nuevos de chocolate —dije, pero mi padre solo cogió los de arándanos—. ¿Puedo probar los de chocolate? —repetí un poco más alto.

Mi padre dejó la caja de cereales de mi madre sobre la mesa y sacó su cuenco del congelador. («Congela el cuenco primero, ¡te cambiará la vida!», le dice siempre a cualquiera que esté dispuesto a escucharlo. Pero no es verdad. Por experiencia personal, pue-



do decirte que congelar el cuenco de los cereales solo sirve para que la leche esté tan fría que te duelan los dientes.)

Solté un suspiro y llevé la mano a aquellos asquerosos cereales orgánicos de arándano de mi madre. Sabía que la probabilidad de desayunar chocolate era demasiado buena para ser cierta.

—¿Has llamado a Jesse? —preguntó mi padre mientras cogía la caja de los cereales, antes de que yo pudiera alcanzarla.

Lo miré entrecerrando los ojos y agité la mano, justo delante de su cara.

—Sí, papá. Estoy aquí.

Mi madre soltó un suspiro.

—Voy a llamarlo otra vez. —Caminó hacia las escaleras—. ¡Jesse! ¡Jesse Daniel Rigsby! ¡Baja de una vez! ¡Llegarás tarde al colegio!

Agité las manos.

—Papá. ¡Papá! ¡PAPÁ!

Mi padre terminó de servirse los cereales y alargó el brazo para coger la leche, como si yo no estuviera allí. Me levanté de un salto y alargué el brazo hacia la leche para atraer su atención. Pero eso no le detuvo, así que acerqué la leche hacia mí. O, al menos, eso es lo que pretendía. Pero cuando lo intenté, mis manos atravesaron la jarra.

—¿¿QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ?!

—Intenté coger la caja de cereales, pero volvió a pasar lo mismo: podía tocar y sentir la caja, pero, cuando traté de moverla, mi mano la atravesó—. ¡AAAAAAAH!

Corrí hacia el cuarto de baño y me miré en el espejo, desesperado por ver mi rostro aterrorizado. En lugar de eso, lo único que vi fue la bañera vacía detrás de mí. Bajé la mirada hasta mis manos, que eran tan reales como siempre. Pero, cuando las agité frente al espejo... nada.

Me había convertido en un fantasma.

Y aquello no era lo peor. Mientras trataba de averiguar qué iba a hacer a continuación (¿Qué comen los fantasmas? ¿Tienen que ir al baño? ¿Qué pasa con el colegio? ¿Hay un colegio especial para fantasmas?), oí un resoplido detrás de mí. Miré al espejo, pero no había nada. Oí otro resoplido.

Me di la vuelta con lentitud. Detrás de mí, sentado con toda la calma del mundo, en la bañera y tan real como yo, se encontraba un Pies Grandes de dos metros y medio de altura y de un color azul brillante.

